

## RESEÑA DEL LIBRO "EN BUSCA DEL TIEMPO PERDIDO"

David Ibarra  
19 de junio de 2018  
Presentación del libro de  
Francisco Suarez Dávila  
Club de Industriales  
Editorial Miguel Angel Porrúa

1. Me toca reseñar el trabajo-libro de Francisco Suárez sobre la evolución económica de largo plazo del país. Diagnóstica aciertos, errores, problemas e identifica salidas a los males del presente a la luz de experiencias propias y ajenas.
2. El primer acierto del texto es el de fincar explicaciones y críticas en sólidos argumentos históricos sobre la naturaleza de los dilemas de cada etapa y el contenido de los debates y el derrotero de las acciones que se fueron encontrando.
3. El arranque histórico parte del porfirismo que produjo modernización parcial y crecimiento, en medio de hondas desigualdades sociales que desembocan en el movimiento revolucionario de 1910. Hay aquí una primera lección, no bastan las bondades del mejoramiento económico de la elite, cuando viene desprovisto de un reparto medianamente compartido.
4. La Revolución obligó no sólo a reedificar lo destruido, sino a emprender una delicada, pausada, empresa de formación de nuevas reglas, elites e instituciones. Por eso, el crecimiento económico, luego de su paralización durante el conflicto bélico, apenas alcanza un crecimiento del 3% anual entre 1917 y 1926. Las energías nacionales estuvieron centradas en lanzar los

primeros programas de fomento, en la rehabilitación hacendaria, la reconstrucción del sistema de crédito interno y externo, entre otras muchas tareas apremiantes.

5. Luego, como en Estados Unidos, la Gran Crisis de 1929, induce acciones inspiradas en las tesis de Hayek y Mises. Así, se implanta una política de reducción del gasto público, de revaluación monetaria que refuerza la caída de las exportaciones con reflejo en abatimiento del 4.2% anual del producto entre 1927 y 1932. El fracaso conservador de la época es evidente, como lo subraya Suárez.
6. Sin embargo, desde entonces queda viva la controversia entre desarrollistas y estabilizadores en el manejo de las políticas socio-económicas del país. Por fortuna, en opinión de nuestro autor, el primer round lo ganan, haciendo historia, los desarrollistas encabezados por Cárdenas y su ministro de Hacienda, Eduardo Suárez. Se emprenden la reforma agraria, la instauración de sólidos derechos laborales y la ampliación de los sistemas educativos. Al propio tiempo, se lanza un ambicioso programa de obras públicas y de creación de instituciones de apoyo y fomento (Comisión Nacional de Caminos, Nacional Financiera, Banco Nacional de Comercio Exterior, Banco de Crédito Ejidal, Comisión Federal de Electricidad, Petróleos Mexicanos).
7. El receso estadounidense de 1937 crea de nuevo presiones internas y externas, pero las tesis desarrollistas prevalecen. Se admite, si se quiere limitadamente, mayor déficit público y cierta expansión monetaria que unidas a la flotación del peso, son los instrumentos que permiten sortear la crisis y sostener un crecimiento medio del 3.4% en el trienio 1937-1939.

8. De ahí en adelante hasta 1970, prevalecen las tesis desarrollistas, si bien ideas e influencias externas poco a poco cobran creciente significación. Cada vez más se incorporan ideas contrarias al intervencionismo estatal, al proteccionismo, favorables, en cambio, a la libertad interna y externa de los mercados. Poco a poco se deslaza la prelación al crecimiento o al empleo, para sustituirla por la estabilidad de precios y la apertura también universal de mercados.
9. Con ello se apresta fidelidad a nuevas normas del orden económico internacional, donde pierden terreno la industrialización, como salida al subdesarrollo y las responsabilidades de los estados en el empleo y la vida socio-económica de los países. Asimismo, el modelo de sustitución de importaciones comienza a mostrar agotamiento y se acrecienta la dependencia respecto al financiamiento externo. Todo eso subrayó la necesidad entonces aplazada de una política exportadora y de una reforma fiscal para atender los desequilibrios en formación.
10. De todas maneras, el país pudo beneficiarse durante el periodo llamado del “desarrollo estabilizador<sup>1</sup> 1958-1976”. La economía creció a un promedio del 6% anual. Pero, desde entonces se debilitan los pilares del desarrollismo al posponerse reformas estructurales, fiscales y financieras necesarias, reemplazadas transitoriamente por los efectos de dos circunstancias favorables: el crecimiento sostenido de la demanda de los Estados Unidos (alrededor del 3% anual, una vez rebasado el ajuste de la cesación del gasto bélico) y una devaluación cambiaria (1954) que al subvaluar

---

<sup>1</sup> El término “desarrollo estabilizador” es un oximorón comparable al del Partido Revolucionario Institucional”. En rigor el desarrollo es siempre desestabilizador porque implica modernización y evolución dispareja de los componentes de la economía que necesariamente rompen el equilibrio anterior.

considerablemente el peso protegió durante casi veinte años su cotización, pese al diferencial en tasas de inflación con los Estados Unidos.

11. Los efectos de dilaciones y rezagos toman cuerpo en el periodo que Suárez denomina irónicamente el “crecimiento desestabilizador” de 1970-1982. Agotados los efectos de la subvaluación cambiaria de 1954, el país corrige tarde el valor del peso (1976) sin ajustar los déficits gubernamentales y resistiéndose a seguir acompasando el tipo de cambio. *A fortiori*, desde el gobierno, el crecimiento se sostiene contra viento y marea, incluso recurriendo a medidas extremas, como la expropiación bancaria. Pero los desajustes internos y externos se tornan inmanejables al tiempo que el financiamiento externo desaparece, provocando la crisis y la devaluación mayúscula de 1982.
12. De ahí en adelante cobra ímpetu el imperativo de ajustar la economía. Al propósito, se abren, un poco teóricamente, dos posibilidades. Una desarrollista, siguiendo y sobre todo adaptando la ruta seguida por Japón, Corea, Taiwán, Chile, Vietnam y otros países que evolucionan con acierto dentro de la globalización, como reseña acertadamente Suárez. La otra, la de seguir plegándose, dócilmente a cualquier costo, sea en desarrollo o en equidad a los dictados del orden hegemónico internacional, sin traducción nacional (apertura comercial y financiera, estabilidad de precios, equilibrio presupuestal, impuestos progresivos bajos, cancelación de toda política industrial).
13. Sea como sea, la supresión de iniciativas propias y la aceptación acrítica de recomendaciones y exigencias externas, marcan el triunfo temporal de las concepciones equilibradoras. Sus consecuencias más desfavorables en los últimos treinta años, con todo acierto subrayadas en el libro de Suárez son:

crecimiento mediocre poco más del 2% anual que no basta para elevar el bienestar de la población, tomando en cuenta el crecimiento demográfico y de la productividad laboral; concentración dramática del ingreso que convive con una enorme cifra de pobres y de trabajadores informales; desarrollo regional desequilibrado que magnifiquen las desigualdades sociales; desmantelamiento sin reemplazo o renovación de las políticas e instituciones en que se apoyó históricamente el crecimiento nacional.<sup>2</sup> Las consecuencias se resumen en cuasi estancamiento secular, difusión del crimen, de la impunidad, la inseguridad que desgarran a la sociedad mexicana.

14. Como se infiere, la tarea a futuro no sólo es urgente, sino enorme e implica afianzar un desarrollo que saque al país del empantanamiento que lo ahoga o para decirlo en palabras de Suárez: “tenemos que construir -instrumentar- una estrategia nacional de desarrollo por la vía de crecimiento y de una ilustrada política social. Ojalá los candidatos presidenciales, sobre todo el que resulte electo, tomen en serio el reto desarrollista de Suárez y pongan fin al tiempo neoliberal perdido en intentos infructuosos, cuando no contraproducentes.
15. Por último, habría que hacer reconocimiento al librero-editor, Miguel Angel Porrúa, por facilitar el acceso público al valioso volumen que comentamos.

---

<sup>2</sup> Siguiendo sólo la vertiente financiera -y hay muchas otras-, el encogimiento institucional desarrollista es mayúsculo. Se elimina la política selectiva del crédito; el Banco de México restringe, hasta casi suprimir su crédito, cuando las instituciones semejantes del mundo juegan un papel medular en apoyo al desarrollo o en el combate a crisis y recesos; la banca comercial vive sustentada en los préstamos al consumo, no a la producción; de su lado, la banca estatal renuncia a su cometido desarrollista para especializarse en ofrecer garantías a instituciones financieras privadas; los bancos agrícolas desaparecen. En resumen, sin poner nada en su lugar, se esfuma el lado financiero de la política industrial.

